

El bello indiferente (Completo)

Un cuartucho de hotel, iluminado por los anuncios de la calle. Una cama. Gramófono. Teléfono. Cuarto de baño. Carteles en la pared.

Al levantarse el telón, la actriz sola en escena. Mira por la ventana y corre a la puerta para escuchar el ruido del ascensor; después va a sentarse al lado del teléfono. Pone un disco en el gramófono. Lo para inmediatamente. Vuelve al teléfono y marca un número.

MUJER.- Oiga..., oiga: ¿es usted, Luisa? Póngame con Monsieur Totor. Sí, búsquelo. Espero; gracias... ¡Qué ruido! Debe estar lleno. ¿Totor? ¿Eres tú?... Sí, sí, soy yo... ¿Está Emilio? ¿No le has visto? ¿A qué hora? ¿Estaba solo?... ¡Ah! ¡Ah! Bien. ¿No sabes dónde iba? ¿No te ha dicho nada? No, no estoy nerviosa... Tenía que decirle una cosa urgente y no logro dar con él. ¿Todo va bien? Me alegro. ¿Yo? ¡Oh! Cuando termino mi actuación vengo directamente al hotel... Estoy cansada. Mejor..., mucho mejor. ¿El doctor? No, no...; me cuido mucho... Vengo al hotel y me acuesto enseguida. ¿Emilio? Es un ángel. Sí, muy bueno. Se porta muy bien conmigo. Sí, vendrá pronto. No me deja sola ni un momento... Sí; probablemente, tendría algún asunto... Bueno, te dejo. Un abrazo. ¿Qué hora es? ¿Las dos? ¡Ya! ¡Cómo pasa el tiempo! Hasta pronto... ¡Adiós Totor! ¡Buena suerte!

(Cuelga. Oye el ruido del ascensor y corre a la puerta. Suena el teléfono. Se precipita.)

Diga... ¡Ah! ¿Eres tú? ¿Tu hermano? ¡Claro que está aquí! Sí, sí; pero... está en el baño. Voy a avisarle. ¡Emilio! ¡Emilio! ¿Qué? ¿No puedes venir? ¡Muy bonito! Oye..., ya sabes lo grosero que es... No... Me dice que está desnudo y que no es el traje más adecuado para acudir al teléfono. ¿Si estoy segura de que está aquí? ¡Estás loca! ¡Naturalmente que sí! No tengo la culpa de que no quiera molestarse. *(Gritando)* Tu hermana dice que valdría la pena que vinieras... *(Al teléfono)* ¡Tiene un vocabulario escogido! No. Dice que está metido en el agua y que quiere continuar en ella. Haré que te llame más tarde. Adiós. *(Cuelga. Entre dientes)* ¡La muy zorra!
(Se sienta. Ruido del ascensor. Se precipita a la puerta. Se oye cerrar otra puerta. Silencio. Se apoya contra la puerta, desfallecida. Se dirige al reloj y adelanta la hora. A media voz)

¡Con lo fácil que es telefonar! ¡No hay más que descolgar un aparato!

(Mira al teléfono y, de pronto, se decide a ponerse el abrigo y salir. Ruido de llaves. Tira el abrigo, se precipita sobre el diván y coge un libro. La puerta se abre. Entra EMILIO. Se trata de un magnífico ejemplar de gigoló. Durante la escena que sigue se desnudará, entrando y saliendo del cuarto de baño. Silba)

Ha llamado tu hermana. Le dije que estabas en el baño. No valía la pena de que se enterara de que todavía no habías vuelto al hotel y que Dios sabe dónde estarías. Se hubiera alegrado. Telefoneaba únicamente para enterarse. Me ha repetido mil veces: “¿Estás segura de que está ahí?” ¡La muy...! ¿Dónde estuviste? Llamé a Totor. Te había visto, pero no sabía a dónde te habías ido. ¡Las horas pasan tan rápidas! Yo estaba leyendo... Me parecía que acababa de volver del teatro. Cuando miré el reloj me di cuenta de lo tarde que es... ¿Dónde estuviste? *(Pausa)* ¡Muy bien! Como siempre, te niegas a contestar. No, no contestes. No seré yo la que insista. No soy de esas mujeres que no hacen más que interrogar e interrogar y que siguen a los hombres hasta enterarse de lo que quieren saber. No temas.

Te he preguntado que dónde estuviste. Otra vez te niegas a contestar. ¡La causa está clara! De ahora en adelante yo también haré lo que me parezca. Mientras el señor se pasea, iré adonde me parezca. Y no te daré explicaciones. Así irá todo mucho mejor. ¡Gracias! El señor hace lo que le da la gana y la señora debe quedarse en el hotel, encerrada bajo siete llaves... ¡Entendido! Antes no lo comprendía; ahora, sí. ¡Buenas noches, señoras y señores! Yo era lo bastante estúpida para matarme a trabajar en esa maldita “boite”, llena de humo... y venir luego al hotel a esperar al señor..., como una niña obediente. Y el señor no volvía. El señor está tranquilo. El señor sabe que la señora está en el hotel... durmiendo. Y el señor se divierte de un lado para otro. ¡Ah, pero todo esto va a cambiar! Desde mañana, aceptaré las invitaciones de esos tipos que me envían flores y tarjetas y saldré con ellos. ¡Champagne, baile y todo lo demás...! ¡Todo! El señor se dará cuenta de lo divertido que es esperar. ¡Esperar siempre!

(EMILIO se ha puesto el pijama. Se acuesta en la cama. Enciende un cigarrillo y abre un periódico, que le tapa la cara)

Lee; puedes leer el periódico o hacer ver que lo lees. Eso no me impedirá gritar. Nada ni nadie me lo impedirá. *(Golpea en el tabique. Ella continúa más bajo.)* Sí, gritar el daño que me estás haciendo. Sé perfectamente que estás escuchando y que te haces el sordo. ¡Qué cómodo es un periódico! Puede uno esconderse tras él. Sí, pero yo adivino la cara que estás poniendo. ¡Estás atento! Sí, querido, ¡atento! Y yo hablaré, hablaré y vaciaré todo lo que llevo dentro. Nada me lo impedirá. Lee el periódico, puedes seguir leyéndolo. Es lo normal. ¿Sabes lo que es estar enfermo y tener que cantar para un público que se está divirtiendo? ¿Sabes lo que es volver rápidamente a casa..., esperando el apoyo y la compañía de la persona amada y encontrarse la habitación vacía y tener que esperar, y esperar que llegue?

¡Esperar! Conozco de memoria esta habitación. ¡De memoria! Conozco todos los anuncios, que se encienden y se apagan y que parecen tics de un viejo loco. Conozco los taxis, que dan la sensación de que van a parar; aminoran la marcha y... ¡pasan de largo! Cada vez el corazón cesa de latir, esperando que... Conozco el ascensor, que sube y... se para en el piso de encima. También me sé de memoria el ruido de todas las puertas de la casa. Conozco las agujas del reloj, que caminan de prisa si no se las mira, y que si se las mira se deslizan como ladrones..., tan lentamente, que apenas se nota su movimiento, y nos parece que el reloj se equivoca.

¡Esperar! Para vosotros hacerse esperar es todo un arte, un suplicio chino. Sabes todos los trucos, todos los medios más espantosos de hacer daño. ¡Siempre esperándote! ¡Siempre! Cuento hasta mil, hasta diez mil, hasta cien mil. Cuento mis pasos de la ventana a la puerta. Hago mil cálculos absurdos para que cuenten el doble. Pongo un disco. Abro un libro. Escucho... Escucho con toda la atención, como las bestias. A veces no puedo más y tengo que telefonar. Telefonar a uno de esos asquerosos bares en que te escondes y en los que debes torturar a otras mujeres. ¡Estoy segura! Pero siempre acabas de salir. ¡Ah, y nunca saben a dónde has ido! La mujer del lavabo me contesta con voz de vieja alcahueta, con voz compasiva. ¡Ah! ¡La mataría! Y es muy posible que te mate. Sé de algunas mujeres que han matado a su amante por bastante menos.

¡Esperar, esperar, esperar siempre! ¡Es para volverse loca! Y los locos son los que matan... Luego me mataría yo. No podría vivir sin ti. Estoy segura. ¿Qué quieres? ¡Es un reflejo! ¿Quién sería capaz de resistirlo? ¿Ves? Hablo, hablo y hablo. Otro que no fueras tú tirarías el periódico y me contestaría. Se excusaría y me pegaría. Tú no. Tú lees el periódico o haces ver que lo lees. Daría cualquier cosa por ver la cara que estás poniendo. ¡Cara de diablo! Una cara que adoro y que me da ganas de coger una pistola y disparar. Escúchame, Emilio, he reflexionado. Esta noche he

decidido aclararlo todo de una vez. Tengo que decirte todo lo que pienso. Estás acostumbrado a que sufra en silencio. ¡Pero he llegado al límite. A las dos, me prometí a mí misma callar y ser amable, acostarme y hacer ver que dormía cuando me despertaras. A las dos y diez ha empezado la tortura del ascensor y de los coches. A las dos y cuarto, tu hermana ha tenido la genial idea, ¡la luminosa idea! De investigar si estabas en el hotel, y a las dos y media perdí el control de mí misma. Entonces fue cuando lo he decidido —¡de-ci-di-do!—: hablar claramente contigo y acabar de una vez con este silencio. ¡Oh! Puedes seguir callando y leyendo el periódico. No me importa. Ya no me engañas. Te veo muy bien, a pesar de él. Esta escena te fastidia. No la esperabas. Tú pensabas: «Es una víctima, aprovechémonos» Pues bien: ¡no, no y no! Me niego a representar el papel de víctima y a dejarme quemar a fuego lento. ¡Viviré! ¡Lucharé! ¡Y venceré!

Te quiero. Eso ya lo sabes. Te quiero, y ésa es tu fuerza. Pretendes hacerme creer que también me quieres. Si me quisieras, Emilio, no me harías esperar, no me atormentarías a cada instante. No te arrastrarías de bar en bar mientras sabes que te estoy esperando. ¡Me consumo! No soy más que la sombra de mí misma. ¡Un fantasma!... ¡Un auténtico fantasma! Un fantasma cubierto de cadenas, de todas tus cadenas. Un fantasma encerrado en un calabozo.

No, si sé muy bien lo que tú querrías. Sí, lo sé. Te gustaría ir y venir de un lado a otro, hacer todo lo que te diera la gana, acostarte con todo el mundo, sabiendo que yo, ¡yo!, la que tú dices amar, estoy encerrada bajo siete llaves en una caja de caudales, de la que tú tienes la única llave en el bolsillo. Entonces estarías tranquilo. ¡Es indigno, indigno!

Tu egoísmo rebasa los límites. Claro que te has olvidado de que yo soy una mujer, no una cosa. Una mujer que canta y que todavía tiene éxito; una mujer que gana su vida y que tiene una serie de personas dispuestas a defenderla. Todos esos desconocidos admiradores de la radio y de los discos. ¡Ah! Me bastaría con pedir socorro, y el señor no volvería a dar golpe. ¡Emilio! ¡Oh, está bien! Puedes seguir leyendo el periódico. Sí, sí, léelo. Debe hacer más de una hora que has terminado de leerlo; pero te aconsejo que vuelvas a empezar, sí, de arriba abajo y de abajo arriba; de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Eres ridículo. Eso es, ¡ridículo! El señor está tranquilo. El señor quiere demostrarme que está tranquilo. ¿Y yo? ¿Es que acaso no lo estoy? ¡Si soy la estampa de la calma! Conozco pocas mujeres que supieran conservar la serenidad hasta el punto que yo lo estoy haciendo. Otra ya te hubiera arrancado el periódico de las manos y te hubiera obligado a contestarle cualquier cosa. Yo, no. Yo he decidido conservarme tranquila y me conservo.

Tú eres el que estás perdiendo la calma. No, no estoy loca. Veo cómo te tiembla la pierna y palidecen tus manos. Tiemblos de rabia porque te sabes culpable.

¿Dónde has estado? Telefoneé a Totor y acababas de salir; seguramente con una cualquiera. Sí, sin duda con esa misma con la que te acuestas cuando dices que tus colegas te piden que vayas a Marsella. ¡Ten cuidado..., te conozco y la conozco también a ella! Estoy segura. ¡Una mujer que te dobla la edad y que se viste como un pingo! La gente se vuelve en la calle para mirarla. Esa es la mujer con la que sale y con la que me engaña el señor. Mira, Emilio, admitiría que me engañaras con una jovencita. Una pobrecilla inocente que hubiera caído en tus manos. No te diré que eso me

divirtiera, pero me parecería más normal y te lo perdonaría. ¡Pero con ésta! Con esta vieja, ni siquiera rica, que no puede ofrecerte nada. ¿Qué? ¿Te estoy preguntando? ¡En fin! Los hombres sois todos unos locos. Locos y viciosos. ¡Y funestos! Eso es lo que sois, ¡funestos! Tú también lo eres. Hace tiempo que buscaba la palabra apropiada y ahora la encontré: ¡Eres funesto!

¿Y mi salud? ¿Piensas alguna vez en mi salud? Te burlas de ella. ¡Claro, si muriera te librarías de mí! ¿Crees que me prueba el esperar, esperar y esperar siempre? ¿El ir de la puerta a la ventana y de la ventana a la puerta? No había teléfono en este infecto hotel y lo hice poner. ¿Para qué? Para que el señor pudiera tranquilizarme diciéndome: «Tengo un asunto pendiente, querida. Estoy muy ocupado. No te preocupes, amor mío. Voy enseguida». ¡Un gasto inútil! Tu hermana es la que se aprovecha para telefonar. El teléfono se ha convertido en otro instrumento de tortura. Antes tenía el ascensor. El timbre del portal. Las llaves de la puerta. El reloj. Ahora se les añadió el teléfono. Ese teléfono que devoro con la vista. Me paso horas enteras mirándolo. ¡Nada! El silencio más absoluto. Nunca se le ocurre telefonar al señor desde el sitio en que se encuentra—prefiero ignorar donde sea— y pensar: «Está sola en el hotel. Voy a dar un telefonazo.» No; claro, no vale la pena. Tendrías que molestarte y alargar el brazo. Le descubrirías a la mujer con la que estás que tenías a otra esperándote en casa. Perderías el misterio, perderías... tu “mutismo”.

¡Emilio!... ¡Emilio! Uno..., dos..., tres... Te empeñas en seguir callado. Sigues escudándote en el periódico. Muy bien... Yo..., yo continuaré. Sí, continuaré, porque sé que me estás escuchando y que te molesto. Ya que he empezado te voy a soltar todo lo que llevo dentro desde hace muchos meses. Te diré lo que tengo en el corazón. Una patata. Sí, lo que se llama una patata. Tengo una patata enorme que es preciso arrancarla. ¡Tengo que arrancarla o me ahogará!

¿Y tus mentiras? ¿Qué me dices de lo embustero que eres? Mientes casi igual que respiras. ¡Mientes, mientes, mientes, mientes y mientes! Mientes continuamente y a propósito de todo. Si me dices que vas a comprar una caja de cerillas, es mentira: es que te vas a tomar una copa y viceversa. Mientes por costumbre, por placer. El otro día me dijiste que ibas al dentista. Noté que me mentías y me situé ante el hotel de... ¡tu vieja! Y te vi salir. No, no me digas que no. No me lo jures por tu madre. ¡Te vi! No tenías por qué darme la excusa del dentista. Claro que, en el fondo, tenías razón: entre ir a casa del dentista o a la de esa vieja asquerosa, va muy poca diferencia. Eres libre de hacer lo que te dé la gana. Lo que me subleva son tus mentiras. Mientes de tal forma, que tú mismo te enredas los pies en tus propias mentiras. Te olvidas de lo que acabas de decir y te desmientes al momento. Te aseguro que a veces me dan ganas de gritar cuando te oigo cantar cosas que no tienen pies ni cabeza. ¡Pero tienes un aplomo, un aplomo!... Y, fíjate bien: estoy segura de que también le mientes a la otra, a las otras. ¡Tu vida debe ser más complicada que una pesadilla!

Hubo un tiempo, al principio, en que estaba celosa de tus sueños. Me preguntaba: «¿Adónde irá cuando duerme? ¿Qué es lo que ve?» Y tú sonreías, mientras yo odiaba los personajes de tus sueños. Muchas veces te despertaba a propósito para que dejaras de verlos. Sin embargo, a ti te gustaba soñar. ¡Nuestra vida no era muy divertida, que digamos! Te gustaba soñar y te ponías furioso cuando te despertaba; pero no podía soportar la cara de ángel que ponías.

Ahora, cuando duermes, me digo: «Por fin estoy tranquila. Estoy aquí a su lado, puedo acariciarle, tocarle, contemplarle» Ya sabes que duermo mal. No duermo casi nunca, y me repito una y otra vez: «Mientras duermes, no va de un sitio a otro. Lo tengo a mi lado. Es mío. Tengo que cuidarle».

¡Emilio! ¡Emilio! ¡Te juro que me estás empujando a cometer un crimen! ¡Te lo juro! O me excitarás de tal modo, que lo romperé todo, y entonces serás tú el que lo cometerá. Escúchame bien. He podido contenerme y te he hablado con calma; pero mi paciencia tiene un límite y he llegado a él. Si antes de tres minutos... Voy a contar hasta treinta. Si antes de terminar no tiras el periódico, te advierto que cometeré una locura. *(Cuenta)* Uno, dos, tres, cuatro, cinco... *(Hasta veinticuatro. Al llegar a veinticuatro suena el teléfono. Lo coge)* ¡Tienes suerte! ¿Diga? ¿Diga? ¿De parte de quién? No, no soy el señor Emilio. El señor está leyendo el periódico. ¡Ah!... ¡Ah! ¡Ah! ¿Es usted? Sí... sí; espere un momento. *(Tapa el auricular con la mano)* ¿Te dignas contestar? Es tu vieja. *(Pausa)* Pregunta por ti. *(Pausa)* No, señora. Le... le he dicho que era usted y no quiere molestar. Le repito que está leyendo el periódico. *(En voz alta)* Emilio, ¿vienes o no? *(Al aparato)* No, no quiere... Pero, señora, ¿qué quiere usted que haga? Sí, sí, tiene usted toda la razón. ¡Es usted muy simpática! No, no quiere ponerse. ¡Oh!... *(Cuelga)* ¡Asquerosa! *(Se acerca a Emilio)* Gracias, Emilio. Has estado magnífico. Nunca lo hubiera creído. Si llegas a hablar con esa mujer desde aquí, me hubiera muerto de vergüenza. Emilio... Confiesa que te molesto. ¿Verdad?... Perdóname... Abrázame... *(Arranca el periódico de las manos de EMILIO. Está dormido; el cigarrillo cae)* ¡Oh! ¡Pero si está dormido! ¡Muy bonito! ¡Y yo, idiota de mí, que me había enternecido, creyendo que...!

¡Emilio! ¡Emilio! ¡Emilio! ¡Despierta! ¡Despiértate! *(EMILIO se vuelve hacia el otro lado. Ella da la vuelta a la cama)* Te estaba hablando y tú dormías tan tranquilo. Tu vieja ha telefoneado. ¡Sí, tu asquerosa vieja! ¡Yo que creía que no te querías molestar, que no querías hablar con ella..., Emilio! *(Emilio la aparta con un gesto brusco. Se despereza y se levanta. Enciende un cigarrillo y se dirige al cuarto de baño. Ella le sigue. Él empieza a vestirse de nuevo)*

Emilio, ¿vas a salir? ¡Ten cuidado! ¡Me tiraré por la ventana! ¡Me mataré! *(Ella abre la ventana y tira su colilla. EMILIO entra en el cuarto de baño sin que ella se dé cuenta. Al apartarse de la ventana y ver la habitación vacía, se vuelve como loca.)*

¡Emilio!, ¿dónde estás? ¡Emilio! ¡Emilio! *(Él sale del cuarto de baño)* ¡Oh! Tenía miedo, miedo de no volver a verte. Creí que te habías ido. *(Él se está peinando)* Pero... Emilio... ¿Qué haces? ¿Qué te pasa?... ¿Te vuelves a vestir?... *(Él se pone la chaqueta)* ¿Vas a salir? ¡No, no es posible! ¿Qué te he dicho? ¡Emilio..., contesta..., contéstame algo! Eres cruel, muy cruel. Me debes una explicación... Espero... espero... espero hasta morir. Por fin, llegas. Tengo que hablarte y tú te sumerges en la lectura del periódico... y te duermes. Ni siquiera has oído lo que tenía que decirte. ¡Es demasiado! ¿Por qué me quieres castigar? *(Ella se cuelga de él. El la rechaza y se abrocha la chaqueta)* Escúchame, Emilio. Reconozco que estuve violenta. Es posible que te haya molestado oír la verdad... Bueno..., algunas cosas que te fastidian. ¡Emilio!... ¡Emilio!... ¡Emilio! Di algo! ¡Habla! ¡Abre la boca! ¡No te estés callado como un muerto, como una estatua! *(Él se pone el abrigo)* ¿Me oyes? ¡Qué! ¿Te pones el abrigo? ¡Ah! ¡No, no saldrás! ¡No volverás a salir! Ya he sufrido

demasiado. No te dejaré marchar. ¡Ten piedad de mí, ten corazón! Emilio, tú eres bueno, yo sé que eres bueno. Me quieres... Si no me quisieras, no volverías. Y vuelves, siempre vuelves. Tarde, pero vuelves. Eso quiere decir que todavía me quieres. Que no ha terminado todo entre nosotros. ¡Habla! Júrame que lo nuestro no ha terminado. *(EMILIO va al teléfono y marca un número. Ella se cuelga de su brazo)* Emilio, no tienes derecho. Piensa en todo lo que he hecho por ti. No... no quise decir eso. Quería decir... Piensa en los buenos recuerdos. Bien sé que no he hecho nada por ti, que... no tenía por qué hacerlo y que si lo hubiera hecho sería una cosa muy natural.

Perdón. Seré comprensiva. No me volveré a lamentar. Me callaré. Sí..., sí... Me callaré. Te dejaré dormir tranquilo y te contemplaré. Soñarás, y en tus sueños irás donde quieras y me engañarás con quien quieras...; pero, ¡quédate..., quédate..., quédate! Me moriría si tuviera que esperarte mañana y pasado mañana. *(EMILIO abre la puerta. Ella se cuelga de él)* ¡Es terrible, Emilio! ¡Te suplico que te quedes!... ¡Mírame!... Acepto. Puedes mentir, mentir y hacerme esperar. Te esperaré. Te esperaré todo el tiempo que quieras... te es...

(EMILIO la rechaza y sale golpeando la puerta. Ella corre a la ventana mientras cae el TELÓN)